

dacion de la libertad por medio de la regeneracion de la conciencia individual» (1).

Pagamos con gusto nuestro tributo de admiracion á los sentimientos que animan al autor de esta página, digna de Tácito, cuando condena la servidumbre voluntaria de los Romanos del imperio. Que el historiador señale con el hierro candente á los miserables que se prostituyen ante un amo, que denuncie los errores que turban la inteligencia y extravían los ánimos; perfectamente, ésta es su mision. Pero tambien es su mision el ser justo. Ahora bien; ¿hay justicia en equiparar las debilidades y las apostasías de 1852 con los arranques entusiastas de 1789? Los vencedores de la Bastilla y los autores de la declaracion de los derechos ¿eran Romanos del imperio? El historiador no debe conocer la desesperacion; no se desanima nunca; no duda nunca de los destinos de la humanidad, porque sabe que Dios los dirige. Por triste, por repugnante que sea el espectáculo de las imperfecciones humanas, el historiador no desfallece. Con los ojos fijos en el porvenir, se consuela de las miserias del presente. Cuando juzga lo presente, no lo condena ni lo ensalza. Reprobarlo valdria tanto como condenar á la humanidad, y esta censura alcanzaria hasta Dios. No lo ensalza, porque siempre hay algo debido á las debilidades humanas. Pero las faltas de los individuos y las expiaciones, que son su consecuencia inevitable, no impiden que vaya perfeccionándose incesantemente; tropezando es como el hombre aprende á andar.

Es necesario tambien que los pueblos saquen partido de sus faltas; solamente con esta condicion son dignos de llamarse soberanos; porque, quien dice soberanía, dice responsabilidad. Es conveniente, pues, despertar é ilustrar la conciencia general. Esta es la mision del historiador; debe decir la verdad á las naciones soberanas, como debia decirla en otro tiempo á los principes soberanos; debe poner en evidencia sus errores, para que procuren evitarlos en el porvenir. Solamente de esta manera llegará á ser la historia lo que apénas ha sido hasta hoy, una enseñanza saludable. Los reyes no han aprovechado sus lecciones; su egoismo es un obstáculo invencible para la abnegacion que deberian te-

(1) RENAN, *Ensayos de moral y de crítica*, prólogo, p. x.

ner si habian de comprender su mision. Han sido dueños y señores; deben dejar de serlo. Perdonémosles, si su interes los ciega hasta el punto de creerse eternos, y esperemos que los pueblos sabrán ver mejor. Su mision no es transitoria como la de los reyes; no están llamados á abdicar; son realmente eternos como la humanidad; pero deben tambien, como los individuos, ir incesantemente perfeccionándose. Su destino está en sus manos; pero tienen que hacerlo por sí mismos, es decir, deben ayudarse, si quieren que Dios les ayude. Imperfectos á la par que perfectibles, deben aprender á conocerse para poder enmendar sus errores. De esta manera realizarán la libertad y felicidad que á la naturaleza humana es dado realizar.

§ III.—La era nueva.

N.º 1.—La Revolucion como una era nueva.

El siglo XVIII tenia aspiraciones infinitas y esperanzas igualmente ilimitadas. Esta tendencia presentaba una particularidad, y es que, por oposicion al cristianismo, que buscaba la felicidad en la vida futura, los filósofos esperaban su realizacion en esta tierra. No pudiendo ya creer en un cielo quimérico, viciado ademas por la horrible concepcion del infierno, dieron en concebir ó en soñar una felicidad terrestre. El sentimiento del progreso que los inspiraba les daba la conviccion de un perfeccionamiento de las instituciones civiles y políticas, que no tenia más límites que los del espíritu humano, y estos límites no eran perceptibles. La Revolucion tenia las mismas aspiraciones y alimentaba las mismas esperanzas. Se ha querido ridiculizar aquellas ilusiones; los católicos, muy aficionados á burlarse de la inmortalidad terrestre profetizada por Condoreet, no reflexionan que la inmortalidad que la Iglesia promete á sus elegidos es igualmente imaginaria. Al ménos hay algo consolador en el ideal filosófico, y es que todo hombre está llamado á disfrutar de la felicidad de vivir, al paso que en la creencia católica hay miles de reprobados por un escogido. Y ¿era

aquella felicidad tan quimérica como dicen los partidarios del cielo? A fuerza de aspirar al cielo en el otro mundo, los cristianos verdaderos se olvidan de vivir en éste en que los ha puesto Dios. Los filósofos tienen razón al decir que el destino del hombre se realiza en esta tierra, y que es inmortal desde esta vida; porque el mundo en que vivimos no difiere en esencia del mundo futuro, y nuestra vida terrestre es ya nuestro cielo. En esta creencia la felicidad debe cambiar de naturaleza; no puede ya consistir en una existencia puramente espiritual, en la visión de Dios; consiste en vivir y no en morir; ahora bien: vivir es desarrollar las facultades de que Dios nos ha dotado, y cuando tenemos conciencia de que depende de nosotros el hacer incesantemente nuevos progresos en el camino de nuestro perfeccionamiento, la sed de felicidad que nos atormenta tiene con qué satisfacerse. Pero debemos cuidar de no limitar y cortar nuestra existencia en la muerte, sino ver en ésta el paso á una vida nueva. La felicidad así comprendida conduce á la libertad civil y política, al paso que la felicidad celeste del cristianismo tradicional aleja á los creyentes de la realidad, les inspira el desden de una existencia que no es más que una prueba de un instante, y les hace descuidar todo lo que se refiere al orden civil y político. Tal es el principio filosófico de la era nueva que los libres pensadores anunciaron en el siglo XVIII y que los revolucionarios tuvieron la ambición de realizar.

Un pensador célebre pronunció en medio de las agitaciones revolucionarias esta frase famosa: *La edad de oro no está detrás de nosotros, sino delante*. Tal era la creencia del siglo XVIII; tal era también la fe de los hombres de 1789. Se lee en la *Gaceta Nacional* del 2 de Enero de 1790: «El mundo, dice la fábula, y la historia lo repite, ha pasado por diferentes edades: la edad de oro, la edad de plata y la edad de hierro..... ¿No lo habrán embrollado todo los poetas?... Tal vez el mal en este mundo no es más, que provisional. ¿No podríamos acabar por la edad de la razón, que será el siglo de oro?» (1). ¿Qué será esa edad de la razón, esa edad de oro, que tenemos delante? Nada más que el nombre indica ya que en ella ha de reinar la razón en lugar de la fe crédula. Pero ¿cuán-

(1) Reimpresión del *Moniteur universel* ó *Gaceta nacional*, t. III, p. 9.

les serán las instituciones civiles y políticas con que sustituirá la razón al despotismo, ese antiguo aliado de la superstición? La esperanza de los hombres de la Revolución tenía algo de vago, como las ilusiones de los filósofos. Escuchemos al abate Gregoire, una de las almas más puras de la Revolución, y aficionado á soñar con el ideal. «La Francia es un nuevo mundo; caminaba hácia su ruina, y sus brillantes destinos iban á hundirse en la servidumbre, cuando de repente el imperio agonizante se levanta en medio de los escombros, reaparece en la escena para ocupar el primer lugar en los fastos del universo, y prepara la revolución general que ha de rejuvenecer el globo, llevar á cabo su resurrección política y mejorar la suerte de la especie humana» (1). Otro día hallábase Gregoire presidiendo la Convención nacional. Una diputación de Saboyanos vino á pedir la unión de la Saboya á la Francia. El presidente les respondió: «Va á empezar un siglo nuevo; las palmas de la fraternidad y de la paz adornarán su frontispicio. Entónces la libertad, cerniéndose sobre toda la Europa, visitará sus dominios, y esta parte del globo no contendrá ya ni fortalezas, ni fronteras, ni pueblos extranjeros.» «A estas palabras la Asamblea en masa se levantó y prorumpió en un grito unánime de ¡viva la nación!» (2).

Las esperanzas de libertad, de fraternidad, de paz, que la Revolución tomó de los filósofos, hicieron nacer desde los primeros momentos la idea de una era nueva. Ya en la Constituyente se dejó notar aquella ambición de los revolucionarios: «Estais llamados, dice Barnave, á renovar la historia» (3). Cuando se derrumbó la monarquía, y sobre las ruinas de aquel edificio secular se levantó la joven república, lo que no había sido más que un sueño estuvo á punto de tomar forma. Nada caracteriza mejor á los hombres de la Revolución que la proclamación de la era republicana. Se lee en la instrucción redactada por la Convención: «La era vulgar de que la Francia se ha servido hasta ahora tuvo origen en

(1) Palabras de GREGOIRE, pronunciadas como presidente de la Asamblea nacional, sesión de 29 de Enero de 1791. (*Moniteur* del 31 de Enero de 1791, tomo VII, p. 264.)

(2) *Moniteur* del 23 de Diciembre de 1792.

(3) LUIS BLANC, *Historia de la Revolución francesa*, t. II, p. 248.

medio de los disturbios precursores de la caída del imperio.... Durante diez y ocho siglos apenas ha servido más que para señalar los *progresos del fanatismo*, el *envilecimiento de las naciones*, el triunfo escandaloso del orgullo, del vicio, de la estupidez, y las persecuciones, los disgustos que sufrieron la virtud, el talento, la filosofía, bajo déspotas crueles, ó que consentían que otros lo fuesen en su nombre.... La era vulgar fué la era de la crueldad, de la mentira, de la perfidia y de la esclavitud; ha concluido con el poder real, origen de todos nuestros males. Los Franceses empiezan á contar las fechas desde la fundación de la libertad y la igualdad. La *Revolucion francesa*, fecunda, enérgica en sus medios, vasta, sublime en sus resultados, formará para el historiador, para el filósofo, una de esas grandes épocas, que son como otros tantos farales puestos en el camino eterno de los siglos» (1).

La reaccion abolió la era republicana, como abolió todas las ideas grandes y generosas que la Revolucion dió á luz en medio de tempestades. Pero las ideas no son abolidas por un *senatus-consulto* imperial. A despecho de los reaccionarios, la Revolucion seguirá siendo una era nueva, y la posteridad dirá con Robespierre: «El mundo ha cambiado y todavía ha de cambiar. ¿Qué hay de comun entre lo que es y lo que fué?» (2). «La Revolucion es la época más grande de la historia humana y debe fijar de una vez para siempre los destinos del mundo» (3). Esto no son palabras vanas; la profecía se ha realizado, se ha encarnado en las instituciones civiles y políticas de la Europa entera. Sí; por más que haya una reaccion ciega, la era nueva, inaugurada en 1789, sigue su camino, unas veces radiante á la faz del sol, otras oculta y en silencio. Aun no han pasado cien años desde la era nueva, y ya, como dice Robespierre, todo ha cambiado. Desde este momento se puede afirmar que la Revolucion del siglo XVIII producirá consecuencias tan inmensas, tan incalculables como las del cristianismo. Un revolucionario fué el primero que hizo esta comparacion entre el

(1) *Moniteur universel*, 27 frimario, año II. (Reimpresion, t. XVIII, p. 673.)

(2) Informe del 28 floreal, año II.

(3) Informe dado en nombre del comité de salvacion pública, el 18 pluvioso, año II, sobre los principios de moral política que deben guiar á la Convencion en la administracion interior de la República.

Evangelio y los derechos del hombre. Citemos sus palabras; ellas nos revelarán la significacion de la era revolucionaria en que ha entrado la humanidad. Varios hombres de 1793 se hallaban reunidos en un banquete; uno de ellos, Héroult de Séchelles, pronunció estas palabras, tan profundas como pueden oírse en la tribuna nacional: «La Revolucion introducirá en el mundo cambios tan considerables en filosofía como los que ocasionó el cristianismo. El despotismo de los reyes será eclipsado por la soberanía de los pueblos; los sueños del paganismo y las locuras de la Iglesia serán reemplazadas por la razon y la verdad» (1). Esto queria decir que la Revolucion abarcaría todo el hombre, no solamente la vida social y política, sino tambien la vida del alma, la religion.

N.º 2.— *Carácter religioso de la Revolucion.*

I.

Los escritores católicos protestan contra esta apreciacion, y es natural. ¿No tienen la pretension de seguir la única religion verdadera, una religion revelada por Dios mismo, una religion cuyo custodio infalible es la Iglesia? Se concibe que, engreidos con su verdad divina, miren con desden las pretensiones de los revolucionarios, que, segun dicen, quisieron trasformar el Juego de pelota en Sinaí y á Mirabeau en Moises. Preguntan si los doscientos curas que, uniéndose á los diputados del estado llano, constituyeron la Asamblea nacional, pensaban en negar el pecado de Adán y la Reparacion que nos ha redimido del pecado original (2). Nosotros responderemos que sí, sin temor á los chistosos sarcasmos de los partidarios del pasado. El académico cuyas palabras acabamos de citar, ha hecho detenidos estudios sobre la Revolucion y sobre la historia de Francia: ha desatendido, segun parece, el siglo XVIII; en él hubiera aprendido que no son los curas

(1) VILATE, *Causas secretas de la revolucion del 9 termidor*.—(Coleccion de las Memorias sobre la Revolucion, de BAUDOUIN, t. XLVII, p. 234.)

(2) LUIS DE CARNÉ, *La Tradicion constitucional en Francia*, de 1789 á 1863. (Revista de Ambos Mundos, 1863, t. VI, p. 39.)

los que han hecho la Revolución, sino los filósofos, y aquellos filósofos no estaban muy convencidos del dogma del pecado; combatieron con todas sus fuerzas una creencia que degrada á la humanidad y la entrega atada de piés y manos á merced de un clero ambicioso; tenían la arrogante pretension aquellos libres pensadores de que la humanidad podia pasarse perfectamente sin el auxilio de la Iglesia y redimirse de su larga esclavitud. La Francia aprovechó estas lecciones el 14 de Julio de 1789. Puede decirse, pues, en alta voz y con seguridad, que los héroes de la Bastilla protestaron contra el antiguo error del pecado, destruyendo el despotismo real, pariente muy próximo de la dominacion de la Iglesia. Protestaron al mismo tiempo (hayan tenido ó no conciencia de ello) contra la fe en un Redentor divino, porque tuvieron la audacia de hacer por sí mismos su salvacion en este mundo, sin el auxilio de su santa madre, y áun contra su voluntad. Esto no quiere decir que hayan abandonado la religion, porque su primer pensamiento fué escribir los Derechos del hombre en presencia del Sér Supremo. Este es el nuevo evangelio de la humanidad moderna.

Se dirá que respondemos con chistes de mal género á otras bromas que, en nuestra opinion, no son de mejor gusto. La opinion que combatimos ha encontrado un órgano más serio. Alexis de Tocqueville es algo más que académico, es de la raza de los Montesquieu. Pero ¿no habrá heredado del estudio del *Espíritu de las leyes* una timidez excesiva respecto de las cosas religiosas, ó será influencia de una fe real? En este caso, deplorariamos la acción fanesta que la religion del pasado ejerce sobre los ánimos más excelentes. Los católicos están tan persuadidos de que el catolicismo es la última palabra de Dios, que no pueden comprender ninguna revolucion que salga fuera del reducido círculo de su Iglesia, ora sea la reforma, ora el movimiento de 1789. Pero ¿y los hechos? Cuando los hechos les estorban, les dan tortura, hasta que la historia, de esta manera interpretada, llega á decir precisamente lo contrario de la verdad. Oigamos á Tocqueville. El lector decidirá si nuestro juicio es demasiado severo (1).

(1) ALEJO DE TOCQUEVILLE, *El Antiguo régimen y la Revolución*. Paris, 1856, p. 8 y sig.

Tocqueville confiesa que las apariencias le son contrarias. ¿Cuál fué el primer acto de la Revolución francesa? Atacar á la Iglesia: se apoderó de sus bienes y desbarató su constitucion. ¿Era por codicia ó por tendencias jansenistas? Tocqueville tiene demasiada elevacion de miras para hacer caso de estas explicaciones vulgares. Reconoce que era por pasion irreligiosa «la primera que se encendió entre todas las que han nacido de la Revolución, y la última que se extinguió.» Sí: la Francia se sometió al despotismo, pero siguió siempre hostil á lo que llama supersticion, y esta supersticion no es otra cosa que el cristianismo tradicional. Siendo esto así, ¿cómo negar que la religion desempeña un papel considerable en el movimiento de 1789?

Tocqueville responde que la guerra á la religion fué ciertamente un rasgo característico de la Revolución, pero pasajero y fugitivo. ¡Cosa singular! La atribuye á las ideas y á las pasiones que prepararon la Revolución, y niega que sea éste su genio propio. Esto consiste en una paradoja. La filosofía del siglo XVIII (Tocqueville lo reconoce) fué una de las principales causas de la Revolución, y ¿quién podrá poner en duda que aquella filosofía fué profundamente irreligiosa? Así es que aquellos á quienes los hombres de 1789 veneraban como á sus padres, eran enemigos mortales del cristianismo: éste es su carácter distintivo, ¿y sus fieles discípulos no habian de ser irreligiosos más que accidentalmente? Hé aquí una explicacion histórica muy parecida á uno de esos escamoteos que hacen los prestidigitadores. Considerándola atentamente, se comprende que es una ilusion.

Hay dos elementos en la Revolución, prosigue Tocqueville, como los hay en la filosofía del siglo XVIII. La igualdad natural de los hombres, la abolicion de todos los privilegios de castas, de clases, de profesiones, la soberanía del pueblo, tal es la sustancia de la Revolución francesa, y esto es tambien lo que hay de más fundamental y más duradero en la obra de los filósofos. Atacaron, es verdad, al cristianismo; pero lo que querian destruir no era tanto la religion como la Iglesia; los filósofos hicieron una guerra implacable á los sacerdotes, porque éstos eran propietarios, señores, recaudadores de diezmos, administradores; para derribarlos mejor, quisieron arrancar hasta los cimientos del cristia-

nismo. ¿Qué ha hecho la Revolucion? Ha destruido la Iglesia como cuerpo privilegiado; el clero no tiene ya diezmos, no tiene ya bienes, y no administra el inmenso patrimonio de los pobres. Desde este momento la oposicion contra la religion no tenía ya razon de ser, porque más bien era un medio que un fin. Una vez conseguido el fin, se olvidó naturalmente el medio. Hé aquí por qué las pasiones antireligiosas han decaido, y el odio á la religion ha sido sustituido por una reaccion religiosa.

La explicacion es ingeniosa, pero es completamente imaginaria. ¿Dónde están las pruebas de que Voltaire, los enciclopedistas, los partidarios de d'Holbach, no hicieron la guerra á la religion más que por arruinar á la Iglesia? La famosa frase de Voltaire, *aplastad á la infame*, ¿iba dirigida contra los diezmos? ¡Cosa notable! El gran incrédulo apenas habla de la Iglesia propietaria; apenas pronuncia la palabra diezmo. Lo que ataca cuerpo á cuerpo, lo que intenta destruir es el cristianismo. ¿Quería simplemente destruir? No: pretendia mantener los dogmas de la religion natural. En este sentido Voltaire fué el apóstol de una nueva religion. Sus discípulos fueron más léjos: temian que conservando la creencia en Dios y en la inmortalidad del alma, se dejara subsistir el gérmen de la supersticion, y trabajaron para destronar á Dios. ¿Era por humillar á la Iglesia? La Iglesia desaparece en aquella guerra de gigantes. ¿Qué es lo que principalmente irrita á los filósofos contra el cristianismo? Si solamente hubieran sido los abusos de la Iglesia, hubieran debido defender la causa de la reforma; y léjos de esto, son tan hostiles á Lutero como al papa. El gran crimen de la religion cristiana, á sus ojos, consiste en que es una religion fundada en milagros, en una revelacion; una religion que, por su espiritualismo excesivo, vicia la moral; una religion que, por sus dogmas, encadena el espíritu humano; en una palabra, los libres pensadores rechazaron una religion que era incompatible con el libre pensamiento. Decir que al combatir la religion no pensaban más que en los diezmos, en la dominacion del clero, es á la vez quitar importancia á su mision y alterar su pensamiento. No separaron nunca la supersticion del despotismo (1).

(1) CONDOBCET, *Cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, 10.^a

Tales fueron los precursores de la Revolucion. Los discípulos de los filósofos se mostraron dignos de sus maestros. No es cierto que quedaron satisfechos cuando hubieron demolido la Iglesia como cuerpo privilegiado. Esto tuvo lugar en los primeros dias de la Revolucion. Si los revolucionarios no hubieran sido hostiles á la religion del pasado más que por causa de la Iglesia, la guerra hubiera debido cesar despues que los diezmos fueron suprimidos y que los bienes eclesiásticos quedaron á disposicion del Estado. Sucedió todo lo contrario. La verdadera guerra de la Revolucion contra el catolicismo no empezó sino cuando ya no habia Iglesia. ¿Qué querian, pues, los revolucionarios? Destruir el cristianismo tradicional, que, para ellos, no era más que una supersticion. Ni aun los más moderados separaron nunca la supersticion del régimen político que se trataba de destruir para levantar un nuevo edificio social. Escuchemos á un constituyente: «La cuestion que hoy se agita en Francia, y que seguramente ocupará al resto de la Europa, es la de saber si la *supersticion* y el *feudalismo* son instituciones eternas y necesarias.» Estas palabras son de un sacerdote reformado. Rabaut solia confundir el Evangelio con la Revolucion; para él «la *Declaracion de los derechos* era un *nuevo Evangelio*, y el Evangelio no era otra cosa que la *Declaracion de los derechos*» (1).

Si: para los revolucionarios la *Declaracion de los derechos* fué un nuevo Evangelio (2); pero no creian, como Rabaut, que no fuera más que una segunda edicion de la predicacion evangélica. Era para ellos literalmente una nueva religion. Tocqueville mismo lo

época: «Llegará un momento en que el sol no iluminará sobre la tierra más que á hombres libres, y que no reconocerán más señor que su razon; en que los tiranos y los esclavos, los sacerdotes y sus estúpidos ó hipócritas instrumentos no existirán más que en la historia y en los teatros, en que nadie se ocupará de ellos más que para compadecer á sus víctimas y para mantenerse, por horror á sus excesos, en una útil vigilancia, para saber reconocer y ahogar bajo el peso de la razon los primeros gérmenes de *supersticion* y de *tiranía*, si alguna vez se atreviesen á reaparecer.»

(1) RABAUT, *Compendio de la historia de la Revolucion francesa; Reflexiones políticas*, núms. 4 y 15.

(2) Carta del Ministro de Negocios Extranjeros del 21 de Enero de 1792 á monseñor de Noailles, embajador en Viena. «La *nueva constitucion* ha llegado á ser, para la gran mayoría de la nacion, una *especie de religion* que ha abrazado, y que defenderia con la energia propia de los sentimientos más exaltados.» (*Moniteur*, 3 de Marzo de 1792.)

reconoce. Hace observar que la Revolución francesa, á diferencia de las otras revoluciones políticas, tenía un carácter de universalidad que la asemeja á las revoluciones religiosas; añade que se propagó, como éstas, á gran distancia, y que penetró por medio de la predicación y de la propaganda. Confiesa que entre las cosas nuevas que la Revolución ha enseñado al mundo, ésta es seguramente la más nueva: «Una revolución política que inspira el proselitismo, que se predica con ardor á los extranjeros y que se lleva á cabo con pasión. ¡Qué espectáculo!» En fin, como subyugado por la verdad, Tocqueville escribe estas palabras: «La Revolución se ha convertido en una especie de religión nueva, religión imperfecta, es verdad, sin Dios, sin culto y sin otra vida, pero que, sin embargo, á semejanza del islamismo, ha inundado toda la tierra con sus soldados, con sus apóstoles y con sus mártires.»

Hé aquí una confesión notable en boca de un enemigo. Perdonémosle la calumnia católica de que la Revolución fué una religión sin Dios. Los inspiradores de la Revolución, en su parte religiosa, fueron los discípulos de Rousseau: ¿y no tenía Dios Rousseau? Voltaire mismo fué el defensor imperturbable de la Divinidad. Las religiones pueden formarse de Dios una idea falsa ó incompleta; pero decir que hay una religión sin Dios, es decir un contrasentido. Si la Revolución ha tenido el entusiasmo de la religión, es porque era realmente una religión. Esto es tan cierto, que trató de darse un culto. La religión de los revolucionarios provoca el desden de los modernos ortodoxos. En nuestra opinión, una religión que cuenta por millares los mártires, no es tan digna de desprecio. Solamente una fe ardiente inspira el sacrificio. Si los revolucionarios iban á la muerte cantando el himno de la libertad, es porque tenían fe. ¿De quién la habían recibido? De sus maestros los filósofos. También éstos tenían, como ya hemos dicho, la pasión de la verdad, el espíritu de propaganda, y sobre todo ese sacrificio por la causa de la humanidad que hizo afrontar la muerte á los héroes de la república. ¿Se dirá que no tenían Dios? Á los que tal dijeren, les responderemos repitiendo lo que ya hemos dicho en otra parte: ¡Dios nos dé de estos ateos! (1).

(1) Véase el tomo XII de mis *Estudios sobre la Historia de la Humanidad*.

En apariencia, el movimiento religioso de la Revolución fracasó; por esto los historiadores se ocupan poco de él. Tiene, sin embargo, su importancia, una importancia tan grande como el movimiento político, porque la fe desempeña un papel tan considerable en la vida de la humanidad como la libertad y la igualdad. ¿Es cierto, por otra parte, que la revolución religiosa pasó sin dejar ningun elemento de porvenir? El culto que inauguraron los hombres de 1793 ha sido olvidado: ¿quiere decir esto que no queda rastro alguno del inmenso movimiento del siglo XVIII en la esfera de la religión? Los filósofos llamaban religión natural á las creencias que Dios mismo ha puesto en nuestra alma; rechazaban todos los demas dogmas como obra del error ó de la superchería. Pues bien: si hoy queda en las almas un sentimiento religioso, es el de la religión natural; la religión sobrenatural, revelada, va desapareciendo, á despecho de la reacción católica. Somos, pues, dígase lo que se quiera, hijos del siglo XVIII y de la Revolución.

¿Qué importa despues de esto que el culto revolucionario y que las ideas religiosas de la Revolución hayan caído en olvido? Rara vez sucede, por mejor decir, no sucede nunca, que lo que los hombres quieren se realice tal como los hombres lo han querido. ¿Acaso se ha realizado el espiritualismo del Evangelio? Y sin embargo, este espiritualismo constituye la esencia de la doctrina evangélica, si se puede hablar de doctrina cuando se trata de la *buena nueva*. ¿Qué han predicado á los judíos y á los gentiles Jesucristo y sus apóstoles? El fin inminente de las cosas, el advenimiento del reino de Dios. ¿Se ha realizado algo de todo esto? No: lo cual no impidió que el cristianismo llegara á ser una religión poderosa y gobernase á los hombres por espacio de muchos siglos; y aún en cierto sentido los seguirá gobernando siempre, si se reduce la predicación evangélica á la inspiración de Cristo. Lo mismo sucederá con la Revolución. Sus ideas, sus creencias, sus esperanzas, pueden desvanecerse como ilusiones: por lo ménos se transformarán, pero esto no impide que el mundo moderno date de 1789. Si en el primer siglo de nuestra era algun reaccionario pagano hubiera razonado acerca del Evangelio, como razonan nuestros reaccionarios católicos acerca de la Revolución, hubiera dicho: «Ya ha concluido esa vana tentativa de derribar el cul-

to de nuestros padres. Jesucristo, que quería destronar á nuestros dioses, ha hecho una prediccion ridícula. Segun él, nuestro mundo no debía existir ya. Se ha precipitado al anunciar que se acercaba su reino. Es un falso profeta. Su pretendido reino es un reino imaginario, al paso que nuestra antigua religion durará mientras dure la Ciudad Eterna. Esto debe enseñarnos á no precipitarnos en nuestros juicios. No canten triunfo unos demasiado pronto; ni se desanimen los otros inmediatamente. Dejemos obrar á Dios, que desempeña también su papel en las cosas humanas. Sabemos lo que han querido los hombres; pero ¿conocemos los designios de Dios?

N.º 3.—*Carácter político de la Revolucion.*

El movimiento religioso de la Revolucion tiene tanta importancia á nuestros ojos, que creemos deber consagrarle un estudio aparte (1). Nos limitaremos por ahora á las ideas políticas. También en este terreno se lamentan los hombres de poca fe. La Francia, en su heróico arranque, ha conquistado la libertad y la igualdad; despues, dejándose llevar por su genio, que la inclina hácia la igualdad y hácia la unidad, ha olvidado insensiblemente la magnífica declaracion de los derechos del hombre, que es por donde habia empezado, y ha acabado por entregarse á un soldado afortunado. Nuevas insurrecciones han dado por resultado nuevos fracasos, y en definitiva, la nacion que ha enarbolado la bandera de la libertad en toda Europa gime bajo un despotismo legal, sin dejar de llamarse soberana. ¡Qué gigantesca decepcion! A la vista de tan desconsolador espectáculo, los hombres del pasado han dicho que la libertad era una quimera, la igualdad otra quimera, y que no habia salvacion para la humanidad más que volviendo por completo al catolicismo, á la Iglesia y á la monarquía absoluta, su digna aliada. De aquí la era de la reaccion, en la que nos encontramos todavía. No hay épocas más tristes en la historia de la humanidad: son el reinado de los instintos bajos del hombre, el

(1) Véase el tomo XIV de mis *Estudios*.

miedo, la baja, el interes, la materia, el fango. Los hombres no se atreven ni á aparecer tales como son; cubren con grandes nombres sus miserables pasiones: de aquí una monstruosa hipocresía, esa lepra de nuestro estado social. Aun aquellos que permanecen fieles á sus convicciones y á sus creencias se cubren con el saco y la ceniza; lloran una libertad que se ha desvanecido como un sueño hermoso cuantas veces han creído alcanzarla. Hombres de poca fe, ¿ignorais que el progreso se realiza mediante el sufrimiento y el dolor? Durante siglos han sido necesarios los mártires para fundar el cristianismo. Los cristianos han muerto por una religion del otro mundo; á nosotros nos toca vivir para nuestra fe política, enarbolando con mano firme la bandera de la Revolucion, manteniendo nuestros principios con fidelidad inquebrantable. Si son verdaderos, ellos triunfarán de todas las reacciones. Lo que debemos hacer, en estos tiempos de detenciones ó de retrocesos, es escudriñar nuestras creencias, depurarlas de los errores que puedan contener, propagar la verdad cuando creamos haberla encontrado. Ayudémonos y el cielo nos ayudará.

¡Libertad! ¡Igualdad! Palabras mágicas. Pero ¿qué significan? ¿No habrán fracasado los hombres de la Revolucion por haber querido una falsa libertad y una igualdad quimérica? Esperaban una era nueva, y no sé qué edad de oro. Pero ¿qué entendian por esa nueva era, y cuál es el progreso que querian realizar? Creían que la humanidad iba á ser regenerada por los dogmas políticos que proclamaban. Pero ¿no atribuian á aquellos principios ideas tomadas de un estado social que no es ya ni puede ser el nuestro? Eran idólatras de la libertad, pero ¿no era la libertad tal como la comprendian los Griegos y los Romanos, es decir, el ejercicio de la soberanía y del poder? Y la libertad así entendida ¿no va muchas veces unida con la arbitrariedad y el despotismo? La Revolucion quería la igualdad; pero hay una falsa igualdad, como hay una falsa libertad; ¿no es esta falsa igualdad la que ha extraviado á los hombres de 1793? La igualdad, tal como la soñaba Platon, tal como Licurgo debe haberla realizado, mata la individualidad, y allí donde no hay fuerzas individuales, ¿es posible pensar en la libertad?

No hacemos más que plantear problemas; vamos á tratar de

contestar á ellos. Este es, en nuestra opinion, el punto capital de la Revolucion. Los historiadores se han atenido demasiado á los hechos, al drama, y han perdido de vista las ideas. Ahora bien: la Revolucion es ante todo una revolucion en las ideas. El mundo se gobierna por el pensamiento. ¿Son verdaderas las ideas de 1789 y 1793? Entónces el porvenir les pertenece: dudarlos, sería negar á Dios y su providencia. Si las ideas son falsas, es necesario rectificar el error. Si la libertad de la Revolucion es una falsa libertad, si la igualdad es una igualdad imaginaria, sabrémos por qué ha fracasado la Revolucion. El imperio del mundo no puede pertenecer al error.

Añadamos que no todo es error en las doctrinas de la Revolucion. Hay en ellas verdad, pero oscurecida, alterada, por influencias de raza y de civilizacion. En vano sería negar esta influencia: ¿no es la raza la esencia de las nacionalidades? Y los mil y un elementos que constituyen la nacionalidad, ¿no son para los pueblos lo que las disposiciones innatas para los individuos? Determinan el porvenir de los unos y de los otros. Esto no es decir que destruyan la libertad, pero es positivo que la disminuyen. Por el mero hecho de subsistir la libertad, es falso que todo sea fatal en la vida humana. El elemento de fatalidad ó de raza va, por el contrario, perdiendo su influencia á medida que el hombre se eleva en la escala de los seres. Sócrates tenía sus malos instintos, como todos los hombres; pero Sócrates los dominó y llegó á convertirse en un tipo, un ideal. Lo mismo sucede con las naciones. Su pasado pesa sobre ellas, sufren su influencia. Durante mucho tiempo se ejerce esta accion, sin que se den cuenta de ella. El dia en que la echan de ver, el imperio de la fatalidad queda destruido, porque desde entónces pueden y deben combatirlo; su porvenir depende de sus esfuerzos.

Llegamos á una verdad consoladora así para los pueblos, como para los individuos: nuestro destino está en nuestras manos, lo hacemos nosotros. Si, como dice el antiguo poeta de la humanidad, somos nosotros mismos los artífices de nuestras desgracias, podemos tambien y debemos trabajar en nuestra felicidad. Pero ¿en qué consiste esta felicidad? Este es un punto esencial. Si ponemos nuestra felicidad en otro mundo, en una existencia contemplativa,

como lo hace el cristianismo tradicional, llegaremos necesariamente á abandonar en este mundo la vida real por una vida de contemplacion; al ménos nos sentiremos inclinados á desatender los intereses civiles y políticos para preocuparnos exclusivamente de nuestra salvacion. ¿Qué nos importan en este caso la libertad, la igualdad? Nos bastará con la libertad interior, y esperaremos la igualdad en un cielo imaginario. La felicidad así considerada es un obstáculo casi invencible para el perfeccionamiento político y social, y es todavía mas funesta si tratamos de realizarla en las condiciones materiales de esta vida y de este mundo. Si se entiende por felicidad el placer, de cualquiera especie que sea, se llega á una falsa concepcion de la vida; una experiencia secular hubiera debido enseñarnos hace tiempo que esta felicidad es una quimera. Hay otra nocion de la felicidad, y es hacerla consistir en el desenvolvimiento de nuestras facultades intelectuales y morales. Cada sér ha sido creado para una determinada mision. Dios ha marcado nuestro destino, dotándonos de razon y de sentimiento: estamos llamados á desarrollar y perfeccionar estos dos órdenes de facultades. En esto consiste nuestra felicidad.

¿Cómo realizará el hombre su mision? Lo que distingue á los seres dotados de razon es una variedad infinita de disposiciones; cada individuo es un pequeño mundo que difiere de todos los que se mueven con él en el mismo espacio. Siendo la individualidad el carácter distintivo del hombre, es preciso que cada individuo obre, se desarrolle segun sus leyes propias; es decir que debe disfrutar de completa independencian, de libertad ilimitada, en cuanto no sale de su esfera para invadir y perturbar la esfera de otra individualidad, que tiene el mismo derecho á un libre desenvolvimiento. Tal es el fundamento del derecho que tenemos á la libertad: no hay derecho más sagrado, con razon se le llama natural; nos lo da la naturaleza, puesto que la libertad es inseparable de nuestro desenvolvimiento, es decir, idéntica con nuestra existencia.

Esta libertad ha sido vislumbrada por la Revolucion: ¿quién osaría negarlo? fué su primera inspiracion. Ha causado admiracion el largo trabajo que consagró la Asamblea constituyente á la Declaracion de los derechos del hombre; se la ha censurado el ha-

berse perdido en varias abstracciones. Nos será fácil probar que aquellas pretendidas abstracciones son los verdaderos principios de la vida civil y política. Debemos seguir marchando por el camino abierto en 1789, descartando los errores que han venido á mezclarse con la verdad, y sobre todo, combatiendo las influencias de raza y de tradición que han impedido á la Francia sacar provecho de una Revolución en que ha sacrificado lo más puro de su sangre. Despues de esto debemos armarnos de paciencia. La educación de los pueblos no se hace en veinticuatro horas. Lo que deploamos como una decadencia, como un retroceso, es tal vez, en los designios de Dios, un instrumento de nuestro perfeccionamiento. Viendo los resultados de la falsa libertad, que consiste en la soberanía aparente del pueblo, nos convencerémos de que es una amarga decepcion.

CAPITULO II.

LOS DERECHOS DEL HOMBRE.

§ I.—La declaracion de los derechos de 1789.

I.

La Asamblea constituyente inauguró sus trabajos con una declaracion de los derechos del hombre y del ciudadano. Esta declaracion iba al frente de la Constitucion de 1791, y fué reproducida con algunas modificaciones en las Constituciones sucesivas. Es el acto más importante de los legisladores de 1789. La organizacion política que fundaron no duró un año, al paso que la Declaracion de los derechos se encuentra todavía, aunque bajo otras formas, en nuestras Constituciones modernas. Empezarémos por dar á conocer las disposiciones que se refieren al debate sobre la libertad que acabamos de suscitar.

« Los representantes del pueblo frances, constituidos en Asamblea nacional, considerando que la ignorancia, el olvido, ó el desprecio de los *derechos del hombre* son las únicas causas de las desgracias públicas y de la corrupcion de los gobiernos, han resuelto exponer, en una declaracion solemne, *los derechos naturales, inalienables y sagrados del hombre*, á fin de que esta declaracion, constantemente presente á todos los miembros del cuerpo social, les recuerde sin cesar sus derechos y sus deberes... En su consecuencia, la Asamblea nacional reconoce y declara, en presencia y bajo los auspicios del Sér Supremo, los *derechos siguientes del hombre y del ciudadano*: